JUANA I

ARTE, PODER Y CULTURA EN TORNO A UNA REINA QUE NO GOBERNÓ

MIGUEL Á. ZALAMA

CENTRO DE ESTUDIOS EUROPA HISPÁNICA

CAPÍTULO III

El matrimonio de la infanta

NEGOCIACIONES MATRIMONIALES

Al ser Juana la tercera en la línea de sucesión, nadie pensaba en ella como futura reina; sin embargo, como hija de reyes su figura tenía gran importancia, pues su matrimonio podía servir a los intereses paternos. Los enlaces entre los miembros de las diferentes casas reinantes en Europa eran algo habitual, como también lo era el hecho de que la esposa se trasladase a un país extraño y alejado de su cuna cuando las circunstancias lo requerían. En estas uniones, realizadas a menudo al margen de los contrayentes y siempre basadas en objetivos políticos, no intervenía elemento amoroso alguno (no podía haber afecto previo entre personas que no se conocían, que se expresaban en lenguas incomprensibles entre sí y que vivían a grandes distancias, no siempre fáciles de salvar); buscaban estrechar lazos entre los gobernantes y, en el fondo, apoyar los propios intereses. Conviene insistir en este aspecto porque es algo que con frecuencia se ha obviado a la hora de explicar el comportamiento de doña Juana a partir de su matrimonio, entendiendo que fue la causa de todos sus males, tanto por la actitud de su esposo como por haber tenido que viajar a tierras extrañas, enfrentándose a la incomprensión de los naturales, a la tristeza por el recuerdo de su país y su familia, y, en definitiva, a una soledad insoportable. Aun admitiendo que Juana podría haber sufrido todo esto, y aunque no sabemos cuáles eran sus sentimientos, lo que no se puede asumir es que el matrimonio con un extranjero y la consiguiente partida de España fueran un sacrificio en el que resultara ser la víctima. Juana estaba educada para ello, y lo estaba porque aquélla era una situación normal que a nadie –tampoco a ella– podía extrañar. Sirvan como ejemplo los matrimonios de Enrique III de Castilla con Catalina de Lancaster, del duque Felipe el Bueno de Borgoña con Isabel de Portugal, o del emperador Federico III con Leonor de Portugal, por no hablar de que Juan II y Enrique IV –abuelo y tío de Juana respectivamente– también contrajeron matrimonio con princesas portuguesas que tuvieron que abandonar su patria, como lo hicieron sus propias hermanas primero y después sus cuatro hijas, todas casadas con reyes extranjeros.

Si bien se trataba de acuerdos con fines exclusivamente políticos, conviene resaltar que en ese sentido los matrimonios no siempre conseguían sus objetivos, aunque a veces un enlace podía tener una trascendencia extraordinaria. Ese fue el caso de los Reyes Católicos, que unieron en su herencia las coronas de Aragón y Castilla, y a la postre fue también el de Juana, aunque nadie lo imaginara cuando se casó. Establecer quién era la persona adecuada con la que formalizar el vínculo familiar formaba parte de un complicado y cambiante juego de intereses, razón de más para afirmar que no había ningún tipo de relación afectiva previa. Como es obvio, esto no implica que a posteriori no se pudiera generar un vínculo de ese tipo, sino que hasta la celebración de los esponsales los cambios de pareja eran continuos. Ni siquiera se podía pensar en un cierto acomodo a la figura del cónyuge, pues no era raro que, tras refrendar los acuerdos matrimoniales, al final las negociaciones no llegaran a buen término. Cabe destacar el caso de Margarita de Austria (fig. 1), hermana

tado la esposa (el matrimonio con Ana de Bretaña se había realizado en todos sus términos y solo faltaba que se consumase), en el doble enlace. A pesar de todo, en un principio Maximiliano se mostró reticente, pues «tenía otros fines en su fantasía [y] como el rey de Romanos tenía diuersas pendencias en muchas partes, le conuenía auer con sus hijos más de vn deudo; puesto que a los principios no le quería dar sino a la infante doña María [sic]»[12]. Francisco de Rojas fue nombrado embajador ante el rey de Romanos el 4 de noviembre de 1493, y la primera dificultad a la que tuvo que hacer frente fueron las disensiones entre Maximiliano por un lado y su hijo, Felipe el Hermoso (fig. 2), y los territorios de este último por otro. El camino se lo habían allanado Ladrón de Guevara y Juan Manuel, señor de Belmonte, que desde 1492 habían sido enviados a la corte del duque de Borgoña para tratar el asunto[13]. Con todo, tres o cuatro veces tuvo que viajar Rojas entre Alemania y los Países Bajos, lo que en la época era un gran esfuerzo. Una vez conseguido el beneplácito de ambos bandos –Habsburgo y Borgoña–, el siguiente escollo era obtener el permiso de Carlos VIII, pues los Reyes Católicos no querían incumplir el Tratado de Barcelona. Por esa razón, el primero de julio de 1494 daban poder a su embajador para que procediera al casamiento de sus hijos con los de Maximiliano, con la condición de que «no uséis dél en ninguna manera hasta que tengáis para ello el consentimiento de el dicho rey de Francia por escripto, firmado de su mano y por cosa del mundo no fagáis lo contrario»[14]. El embajador Rojas tuvo que realizar importantes desembolsos durante este proceso, para los que ya en noviembre de 1494 se le enviaron 540 coronas[15]. El dinero era necesario para sus viajes y manutención, pero seguramente también para pagar favores y quizá sobornos gracias a los cuales terminó por alcanzar sus objetivos.

Rojas también tuvo que desplazarse a la corte francesa para convencer a Carlos VIII de que los casamientos no supondrían una amenaza para su reino. No es posible determinar hasta qué punto influyeron en el ánimo del monarca francés los buenos oficios del embajador, a los que quizá habría que sumar la noticia de que el rey Alfonso de Nápoles había enviado un embajador a Maximiliano «con gran suma de dinero, para concluyr los casamientos de la infante doña Ioana su hermana, y del duque de Calabria su hijo, con los hijos del rey de Romanos»[16]. Una alianza de sangre entre Nápoles y el Imperio no era lo mejor para los propósitos franceses, empeñado como estaba su soberano en hacerse con el mayor de los Estados italianos. Sin obtener respuesta positiva del monarca galo, los Reyes Católicos resolvieron romper su compromiso en el momento en que el rey Carlos VIII decidió invadir Nápoles, a la vez que se constituía la Liga Santa –Papado, Imperio, Reyes Católicos, Milán y Venecia– a comienzos de 1495 para hacer frente a la presencia francesa en Italia. En ese contexto, Maximiliano, en el mismo bando que los monarcas hispanos, veía con buenos ojos el matrimonio de sus hijos de Isabel y Fernando.

Una vez que Francisco de Rojas hubo sorteado las dificultades con «asaz trabajos» –como exponía en un memorial a Fernando el Católico[17]–, el 20 de enero de 1495 se alcanzó en Amberes el compromiso de la doble boda: Maximiliano de Austria y Francisco de Rojas, embajador plenipotenciario en este asunto, firmaron el acuerdo[18]. Dadas las características del enlace, se acordó suprimir las dotes de las esposas y se estipuló que cada una recibiría de su cónyuge la cantidad de 20.000 escudos anuales para su manutención, al mismo tiempo que se fijaba que, respecto a los adornos y costumbres, se respetarían los de cada contrayente. Asimismo, se contemplaba que los traslados de las novias a sus nuevos países –viajes costosos por la distancia y los peligros de los elementos (ya que se harían por mar) y los enemigos– correrían a cargo de sus respectivos padres. Estas capitulaciones fueron fundamentales, aunque ni mucho menos quedaba con ellas concluido el proceso. El 29 de abril Maximiliano ratificó en Worms lo pactado, pero faltaba la aceptación de sus hijos. Para lograrla hubo que esperar varios meses, ya que hasta el 5 de noviembre no se sancionó en Malinas el documento por el que Felipe y Margarita, cada uno por su lado, aceptaban el enlace con los hijos de los Reyes Católicos. El acto se celebró después de que François de Busleyden, «maistre d'escole» de Felipe el Hermoso y con el tiempo ar-

3. Taller del MAESTRO DE LA LEYENDA DE LA MAGDALENA, *Juana I*. 1495-1496. Óleo sobre tabla, 36 x 24,5 cm. Innsbruck, Kunsthistorisches Museum, Schloss Ambras.

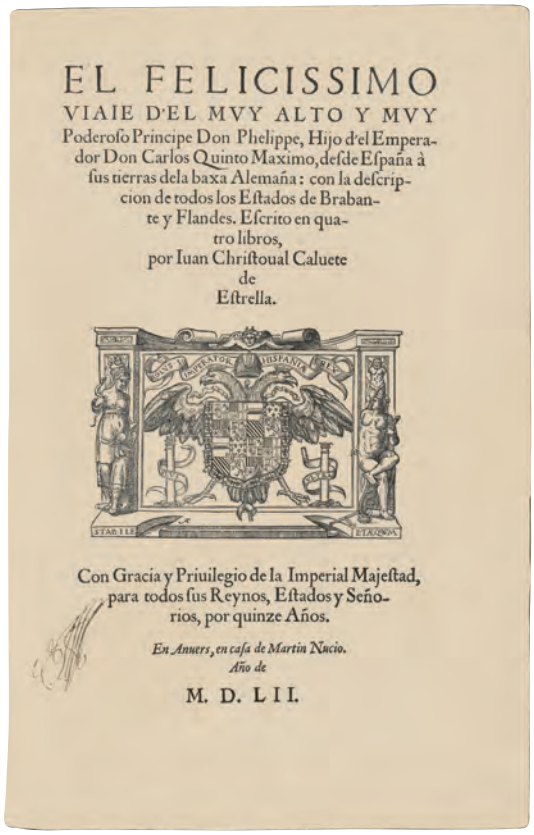
1. Maestro del Gremio de San Jorge, *Leonor de Francia, Carlos V e Isabel de Dinamarca*. Hacia 1502. Óleo sobre tabla, 36,5 x 18 cm (cada tabla). Innsbruck, Kunsthistorisches Museum, Schloss Ambras.

saparición de la princesa sumió a su entorno en el dolor, pero la corte pronto se repuso y antes de un mes don Miguel fue jurado príncipe. La mortalidad infantil era una verdadera lacra en aquellos momentos y se temía un desenlace fatal, por lo que Juana cada vez estaba más cerca del trono de sus padres. Con este nuevo escenario, fray Tomás de Matienzo continuó entrevistándose con la archiduquesa, aunque desafortunadamente solo conocemos sus reflexiones a través de una carta fechada el 15 de enero de 1499[2]. En el ínterin, sin que tengamos otras noticias del dominico, doña Juana había dado a luz a una niña, Leonor, quien primero sería reina de Portugal y después de Francia.

El enviado de los Reyes Católicos, cumpliendo órdenes de los monarcas, llamó la atención a la archiduquesa («muchas cosas passaron las quales le dixe lo más benignamente que pude y con quanto amor v. al. gelo manda dezir, no en forma de reprehensión») y hasta le recriminó su actitud («díxele entre otras cosas que tenía hun coraçón duro y crudo sin ninguna piedad –y apostillaba– lo que es verdad»). Juana se defendió ante tal insulto

(¿con qué derecho hablaba así a la archiduquesa?) diciendo que «antes lo tenía tan flaco y tan abatido que ninguna vez se le acordaua quán lexos estaua de v. al. que no se hartase de llorar en verse tan apartada de v. al. para siempre». Parece que Juana recibió bien las críticas de sus progenitores a su proceder, aunque el dominico se mostraba escéptico ante su actitud («no sé qué tanto turará [*sic*]»). El problema religioso, expuesto en una carta anterior, estaba al parecer resuelto («hay tanta religión en su casa como en vna estrecha obseruançia»); pero «hay aquá dos quexas prinçipales desta señora, la vna que son mal pagados y la otra porque no se entremete en la gouernaçión de la casa». Juana no hacía nada, pero se defendió diciendo que «hauía hablado a los del conseio sobre la paga de su gente y que le responden que más se deuía a los naturales de la tierra que a los suyos, díxele que por qué no lo dezía al archiduque, dixo que luego lo dezía a los de su conseio donde le resultaua a ella mucho daño; a lo de la gouernaçión dize que no le dan parte en ella». Da la impresión de que en ese momento a la archiduquesa le daba igual ser tenida en cuenta y que, en consecuencia, se negaba a tomar decisión alguna. Ni siquiera la presión a la que la sometía Matienzo –que no dejaba de ser la voz de sus padres– era capaz de hacer mella en su desdén y actitud esquiva, pues «está tan çahareña y tan sospechosa de mí que [...] nunqua le he podido sacar vna palabra para escreuir a v. al.».

Fray Tomás de Matienzo, que estaba perdiendo el pulso, manifestaba su deseo de regresar y se quejaba de falta de dinero, «porque yo vine proueýdo por VI meses y son ya IX y medio y temo sean más de XIIII». Exageraba el tiempo que llevaba allí –había salido de España en junio–, pero sí era cierto que no conseguía ganar a Juana para la causa de sus padres, y no lo hacía porque «la de Aloyn y los del conseio del archiduque y Múxica tienen esta señora tan atemorizada que no puede alçar cabeça». Jeanne de Comines, señora de Halewijn, dama de honor de la archiduquesa, y Martín de Múxica, español adepto a Felipe el Hermoso, manejaban muy bien los hilos, impidiendo a Juana cualquier movimiento, de manera que, a decir del dominico, «está en tanta necessidad que no alcança hun maravedí para dar de limosna». Juana estaba apartada de sus funciones por unos cortesanos que habían conseguido impedir que cualquier decisión suya fuera en contra de los intereses de su esposo. Esto es indudable, pero incluso así la actitud de inacción de Juana es difícil de explicar. Ni siquiera nombró dama de su hija recién nacida a Marina Manuel porque no era proclive a la política de Felipe el Hermoso: «no ha osado poner a doña Marina, tampoco se atrevió a poner otra». Juana estaba bloqueada y esto beneficiaba al archiduque, pero pronto se vio que esta actitud era nefasta para los Reyes Ca-


EL FELICISSIMO
VIAIE D'EL MVY ALTO Y MVY
Poderoſo Principe Don Phelippe, Hijo d'el Empera-
dor Don Carlos Quinto Maximo, deſde Eſpaña à
ſus tierras dela baxa Alemaña: con la deſcrip-
cion de todos los Eſtados de Brabán-
te y Flandes. Eſcrito en qua-
tro libros,
por Iuan Chriſtoual Caluete
de
Eſtrella.
Con Gracia y Priuilegio de la Imperial Majeſtad,
para todos ſus Reynos, Eſtados y Seño-
rios, por quinze Años.
En Anuers, en caſa de Martin Nucio.
Año de
M. D. L I I.

1. Portada de *El felicíssimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe don Phelippe* (Amberes, Martín Nucio, 1552, infolio), de Juan Cristóbal Calvete de Estrella. Madrid, Biblioteca Nacional de España.

el Consejo Real acompañara a su esposa, quien se presentó, además de con sus hijos, con el arzobispo de Toledo, el condestable y una larga lista de personajes[16]. Después de esta visita Carlos V aún regresó a Tordesillas en tres ocasiones, aunque por poco tiempo: en 1538, en 1539 –ya viudo– y por última vez en enero de 1542, cuando permaneció seis días; un año más tarde salió de España para no regresar hasta después de fallecida su madre.

Juana I seguía siendo –nunca dejó de serlo– la soberana, y si después de tres décadas encerrada en Tordesillas el emperador podía mostrase seguro de su poder, no era lo mismo al convertirse en regente el joven príncipe Felipe. Era una tesitura delicada y, para legitimar el poder el futuro Felipe II, echaba mano del nombre de la reina, que en esos momentos volvía a aparecer en los documentos[17]. Así, en noviembre de 1543, poco después de contraer matrimonio con su primera esposa, María Manuela de Portugal, el príncipe fue a Tordesillas para cumplimentar a la reina[18]. El futuro Felipe II se hacía cargo del gobierno de España con dieciséis años por ausencia de su padre, y la visita a su abuela era obligada por ser ella la soberana. No obstante, este viaje quizá tuviera que ver también con la princesa María Manuela, hija de la infanta Catalina, quien había vivido dieciséis años en Tordesillas junto a su madre, por lo que no sería extraño que la esposa de Juan III de Portugal pidiera a su hija que se presentase ante doña Juana; como deferencia hacia su abuela, los jóvenes danzaron en su presencia. Cinco años después se producía un cambio de regente y de nuevo los implicados iban a Tordesillas. Carlos V continuaba fuera de España y, además, pedía a su hijo que acudiera a su encuentro en los Países Bajos, no sin hacer antes un viaje –el *Felicíssimo viaje*, según lo recogió en su crónica Calvete de Estrella (fig. 1)– por sus territorios de Italia y Austria para conocer a los que iban a ser sus súbditos. Poco antes de partir, el príncipe fue a Tordesillas a finales de junio de 1548, y también acudieron los nuevos regentes: la infanta María, hija de Carlos V, y su esposo, Maximiliano de Austria, igualmente nieto de doña Juana. El traspaso de poderes, aunque de forma simbólica, se hacía delante de la reina, quien por supuesto permanecía del todo ajena a lo que ocurría.

Como nunca antes en Tordesillas, en ese año el acto se celebró con una importante fiesta. Carlos V había ordenado que se cambiase la solemnidad de la corte española por la etiqueta borgoñona, mucho más ceremoniosa[19], y quizá fue esto lo que propició el espectáculo que tuvo lugar en Tordesillas, para el que incluso se hicieron ensayos previos, y que consistió en un torneo sobre barcas en el río Duero celebrado el primero de julio. La singularidad de esta celebración estriba en que las fiestas acuáticas fueron escasas en el siglo XVI[20]. Desde las poblaciones cercanas se llevaron barcazas, tres de las cuales se transformaron en navíos de guerra adornados

2. ANTONIO MORO, *Doña Juana de Austria, madre del rey don Sebastián de Portugal* (detalle). Hacia 1559. Óleo sobre lienzo, 195 x 105 cm. Madrid, Museo Nacional del Prado.

con candeleros de madera sobre los que se situaron los contendientes. Carecemos de noticias acerca de cómo se desarrolló el combate; solo sabemos que los príncipes estaban presentes aunque no doña Juana, y que se utilizó una importante cantidad de pólvora. Quizá no se tratase de un espectáculo memorable, pero fue el más importante que se realizó en Tordesillas –tal vez el único– durante el medio siglo de estancia de la reina[21].

Durante los tres años que permanecieron como regentes (1548-1551)[22], Maximiliano y María hicieron varias visitas a su abuela y le entregaron una cruz que le enviaba su hijo Fernando, aunque también ellos se vieron agraciados con objetos del tesoro de la reina; cuando a finales de 1549 doña María dio a luz al primero de sus dieciséis hijos –Ana de Austria, quien en 1570 se convertiría en la cuarta esposa de Felipe II–, el marqués de Denia le regaló «dos copones de plata dorados grandes, que pesaron siete marcos y siete onzas […] en al-

4. Vista del Real Monasterio de Santa Clara desde el río Duero, Tordesillas (Valladolid).

a fray Domingo de Soto, eminente teólogo de la Universidad de Salamanca, quien había participado en el Concilio de Trento y era confesor de Carlos V. Como no conocía exactamente el estado mental de la reina, no supo qué decir y tuvo que trasladarse a Tordesillas el 11 de abril. Ese mismo día escribió al secretario Juan Vázquez de Molina su parecer: «He hablado a su Alteza muy gran rato y por cierto, bendito Nuestro Señor, me ha dicho a solas palabras que me han consolado, pero su alteza no está para el sacramento de la eucharistía, pero me paresce se le dé el sacramento de la extremaunción, aunque se esperará a que tenga menos juizio porque para aquel sacramento no es menester tanto, y tememos que su alteza con el juicio que agora tiene por su honestidad no lo sufrirá, pero tengo por cierto que no saldrá desta noche»[35].

No erró en su pronóstico el dominico; la reina falleció en la madrugada del 12 de abril de 1555, festividad de Viernes Santo, y así lo certificó el marqués de Denia: «Lo que ay que dezir es que, a Nuestro Señor graçias, ya es acabado y Nuestro Señor sea loado por todo. Anoche se le dio la extremaunción; la postrer palabra que dixo: Jesuchristo cruzificado ayúdame [...] Acabó a la seys y media de la mañana. [...] De Tordesillas a XII de abril, 1555»[36]. Juana I recibió la extremaunción como había propuesto Domingo de Soto, pues hasta el final se negó a confesarse. Los testigos del acontecimiento, empezando por el marqués de Denia, se esforzaron por mostrar que había muerto arrepentida invocando a Jesucristo (Francisco de Borja, un mes después, también relataba que la reina dijo como últimas palabras «Jesucristo crucificado sea conmigo»[37]), y el doctor Santa Cara llegó más lejos, al declarar que «hizo la confesión general y pidió perdón a Dios de sus pecados, conociendo haberle ofendido». Esto último no es cierto –basta leer las declaraciones de los demás–, y quizá sus supuestas palabras de arrepentimiento no respondan a la verdad, porque estaba totalmente enajenada y ya se había negado en reiteradas ocasiones a cumplir con los preceptos religiosos. Las declaraciones de los testigos más parecen una justificación ante el emperador que la traslación fidedigna de lo que ocurrió. Con ellas querían

calmar la conciencia de Carlos V, realmente preocupado ante la posibilidad de que su madre no muriese en gracia, aunque no lo lograron del todo. Los informes no eran concluyentes respecto al arrepentimiento de la reina y no convencieron al emperador, quien escribió a su hija que había tenido «gran sentimiento del fallescimiento de la reyna mi señora, que después que supe su enfermedad siempre estuve con este cuidado, bendito sea Nuestro Señor por ello, al qual plega de tenella en su gloria, que aunque según lo que scrivió no se confesó con las otras demostraciones que hizo se debe esperar que será assý»[38].

Carlos V, en un verdadero acto de cinismo, recriminaba a su hija que no le hubiera tenido al día de lo que ocurría: «quisiera que se me hubiera avisado más particularmente del sucesso de la enfermedad y de los beneficios que se le hicieron y el tiempo que le duró», le dijo. Nunca le había importado la salud de su madre, a la que mantuvo encerrada en el palacio cuando los sirvientes morían de peste, y entonces sí le preocupaba. Increíble. Mas no era el único con una actitud semejante: todos decían sentir mucho la desaparición de doña Juana, pero ni un solo miembro de la familia real estuvo presente en el óbito. Alejados unos de Tordesillas y otros de España, ninguno corrió a ver a la reina en sus últimos días. Ni siquiera acudió su nieta homónima, la princesa de Portugal, que vivía en Valladolid –aunque ella se había acercado unos días antes–, como tampoco lo hizo su bisnieto, don Carlos, que residía en la misma ciudad. Cuando murió la reina su acompañamiento se limitaba al marqués de Denia, a Francisco de Borja, fray Domingo de Soto y su médico personal, el doctor Santa Cara. Triste final para una vida más que triste.

ENTIERRO EN EL MONASTERIO DE SANTA CLARA Y TRASLADO A LA CAPILLA REAL DE GRANADA

Como se trataba de una muerte anunciada, todo estaba previsto. El cuerpo de Juana I fue embalsamado inmediatamente por el doctor Santa Cara[39] y, tras jurar los monteros de su guarda que la reina había fallecido y que el cadáver presente era el suyo, «el cuerpo de su alteza fue puesto y metido en un ataúd de tablas y fue çerrado el dicho ataúd e clabado con clavos de hierro»[40] en presencia del carcelero, los clérigos Francisco de Borja y Domingo de Soto, el camarero Alonso de Ribera, el capitán de la guardia y los monteros de Espinosa. Se había dispuesto que el lugar de enterramiento fuese la iglesia del monasterio de Santa Clara (fig. 4), donde se abrió una sepultura junto al altar mayor, en el mismo lugar donde había permanecido sin enterrar el cuerpo de Felipe el Hermoso. Tres días después del óbito se procedió a la inhumación, a la que tampoco asistió la princesa Juana. La comitiva que hizo el recorrido entre el palacio y el monasterio estaba encabezada por el condestable de Castilla, Pedro Fernández de Velasco, y los prelados Antonio de Fonseca, presidente del Consejo Real, y Antonio del Águila, obispo de Zamora, junto a «muchas personas honradas ansí de la corte de su alteza como vezinos de la dicha villa de Tordesillas»[41].

No hubo ceremonia especial. Después de casi cinco décadas de ocultamiento de la reina no tenía sentido airear su muerte; el concejo de Tordesillas fue puntualmente informado y sus miembros se preocuparon por llevar los lutos correspondientes, pero no se hizo mucho más[42]. El cuerpo, siempre custodiado por los monteros de Espinosa, se enterró en una fosa que no pasaba de ser un simple agujero en el suelo, como declararon «los monteros reales», que

> [...] so cargo del juramento, dixeron que el cuerpo de la cathólica reyna doña Juana nuestra señora, que fue metido en un ataúd de tablas el biernes santo de la cruz próximo pasado, y se abía traído para depositar en la dicha capilla mayor de la dicha yglesia del dicho monesterio de santa Clara la Real de

5. BARTOLOMÉ ORDÓÑEZ, *Sepulcro de Felipe I y Juana I*. Hacia 1519. Mármol. Granada, Capilla Real.

> la dicha villa, y que estaba y está en el dicho ataúd donde fue metido por aquellos, lo an guardado después acá por su horden, como guardaban a su alteza quando era biba, y luego fue metido el dicho ataúd, donde los dichos monteros reales juraron y certificaron que estaba el cuerpo de su alteza, en una sepultura en la dicha capilla mayor[43].

A pesar de que había habido mucho tiempo para preparar el entierro, la iglesia conventual apenas se había decorado para la ocasión. Llegaron religiosos de diferentes lugares –Valladolid y Medina del Campo, además de Tordesillas–, pero pasados unos días una reja de madera decorada con doce escudos que delimitaba el espacio donde se había inhumado el cadáver era el único testigo de la presencia del cuerpo de la soberana. Quizá se pensó que sus restos se llevarían pronto a la Capilla Real de Granada, donde ya descansaban los de su esposo, pero el traslado se demoró, lo que hizo que en 1564 Felipe II ordenase aderezar los altares laterales que flanqueaban la tumba de su abuela[44].

Allende Tordesillas se hicieron algunos funerales. En Valladolid, la Chancillería ordenó la compra de ropa de luto por la muerte de la reina[45], y se celebraron exequias en la iglesia del monasterio de San Benito el 26

de mayo. En la gran iglesia vallisoletana de los benedictinos se levantó un túmulo que trazó el arquitecto Francisco de Salamanca; sabemos los materiales que se compraron para levantarlo, pero no cómo era, aunque podría estar relacionado con el que tres años más tarde realizó el mismo arquitecto con motivo de los funerales de Carlos V, cuya descripción conocemos gracias a Juan Calvete de Estrella, quien en un dibujo muestra que constaba de tres pisos[46]. A este funeral asistió el principe Carlos, pero su tía, la princesa gobernadora, ni siquiera se acercó. Mucho más espectaculares fueron los funerales que Carlos V ordenó en Bruselas, donde residía entonces. El acto no tuvo lugar hasta el 16 de septiembre, cuando ya habían pasado cinco meses de la muerte de Juana I, aunque el retraso se justificaba por el deseo de que participase el príncipe Felipe, que se desplazó hasta allí desde Inglaterra. La sede fue la iglesia de San Miguel y Santa Gúdula, cuyo interior se cubrió con paños de color negro sobre los que resaltaba el escudo de armas de doña Juana; en el centro, dos ángeles sostenían otro escudo sobre el que había «una preciosa corona cuajada de pedrería».

Desde el Coudenberg hasta la iglesia se delimitó el camino con columnas forradas de negro, y una comitiva formada por obispos, ministros, caballeros del Toisón de Oro y de las órdenes militares, miembros del Consejo Real, embajadores, etc., en orden de menor a mayor importancia recorrió el camino en una procesión que cerraba el príncipe Felipe –que figuraba como rey, por serlo de Nápoles y consorte de Inglaterra– y donde no estuvo presente Carlos V[47]. Aunque en otros lugares del reino se hicieron funerales, como en Zaragoza («visto y considerado que era reina y señora natural»), Barcelona, Sevilla, Burgos, Teruel...[48], en ningún caso revistieron la importancia de los de Bruselas. Era el último tributo que se rendía a la reina, y desde luego las exequias de los Países Bajos fueron el principal homenaje que se le hizo desde la muerte de su esposo. No obstante, quizá el funeral más sentido de todos fue el que celebró su segundo hijo, Fernando I de Habsburgo, quien después de tantos años lejos de España y de su madre ordenó las exequias por ella estando en Augsburgo[49].

Con la muerte de la reina el palacio de Tordesillas perdió su función. El marqués de Denia consiguió que los sirvientes continuaran cobrando sus salarios durante meses, aunque su tiempo había pasado. Todos se marcharon, mas no la reina, cuyos restos permanecieron en el monasterio de Santa Clara hasta febrero de 1574. El duque de Alcalá y el obispo de Jaén, Francisco Delgado, fueron los comisionados por el rey para acompañar el cadáver de su abuela a Granada[50]. En el viaje hicieron escala en El Escorial, donde llegaron el 7 de febrero en medio de un terrible temporal que impidió hacer un recibimiento con el boato exigido; el tabernáculo donde se iba a colocar el féretro de Juana I –el mismo utilizado para los cuerpos del emperador y la emperatriz– resultó destruido, «despojado y desnudo sin aderezo ninguno» por el viento y la lluvia[51]. Dos días después partieron hacia Granada, donde llegaron el 28 de aquel mes. Por fin, más de medio siglo después de intentarlo ella con el cuerpo de su esposo, la reina entraba en la ciudad. Su cuerpo estaba en el ataúd de madera donde se la había enterrado, que a su vez se había colocado dentro de una caja cerrada con tres llaves. En Granada se procedió a abrir el féretro de Juana I para que fuesen reconocidos sus restos antes de bajarlo a la cripta: «fue abierta dicha caxa con tres llaves, y dentro de ella estaba otra caxa de madera. De la qual fueron quitados ciertos clavos y abierta, encima estava un paño de lienço blanco, debaxo del qual estava el cuerpo real». Junto con el ataúd de doña Juana se entregaron a los capellanes reales «dos palos de brocado y una cruz de plata, y las tres llaves de la caxa con una almohada de brocado con una corona real dorada». Aún no consiguió la reina descansar totalmente; hubo que esperar hasta 1603 para que se colocase el sepulcro (figs. 5 y 6), a pesar de que el mausoleo, obra de Bartolomé Ordóñez, permanecía desmontado desde 1539 en el Hospital Real de Granada. Hasta que se instaló, dos túmulos de madera levantados a ambos lados del sepulcro de los Reyes Católicos recordaban que allí también estaban enterrados Felipe I el Hermoso y Juana I[52]. Ambos habían sido reyes, pero recibieron escasa atención de sus familiares y sucesores; la Historia, por su parte, tampoco se mostró favorable y durante siglos pasaron inadvertidos o, lo que es peor, sumidos en una burda leyenda.

6. BARTOLOMÉ ORDÓÑEZ, *Sepulcro de Felipe I* y *Juana I* (detalle de fig. 5).

REALIDAD Y FICCIÓN EN TORNO A JUANA I

Si algo se sabía con certeza de la reina Juana es que había permanecido recluida durante medio siglo en Tordesillas, del todo ajena al poder que ejercieron otros que incluso llevaron el título real que a ella correspondía. Esta anomalía solo podía entenderse si la soberana carecía de juicio –si estaba enajenada o, como vulgarmente se dice al referirse a ella, «loca»– o si, por el contrario, había sido víctima de un contubernio para apartarla de manera ilegal e inhumana del poder. La primera tesis, la locura, sin duda ha sido la más querida por los historiadores, pero una vez admitida hay que encontrar la causa del desvarío y es aquí donde surgen diferencias. La historiografía romántica, lo que no implica que se ciña al siglo XIX, se ha empeñado en ver a Juana I como una mujer exasperada por los insoportables ataques de celos provocados por su esposo. Enamorada hasta los tuétanos, la reina habría caído postrada al fallecer Felipe el Hermoso para no levantar cabeza hasta su propia muerte cincuenta años después. Esto parecía suficiente para considerar a doña Juana enloquecida por amor, y además había muchos datos que avalaban esta teoría, como los continuos episodios de odio hacia las mujeres en vida de su esposo y mucho tiempo después de su defunción.

Partiendo de esta base, la influyente historia del padre Flórez marcó las pautas que después se repetirían hasta la saciedad: «doña Juana se entregó tanto a la pena en la muerte el rey, que se la [sic] obscureció más el uso de la razón, por lo que vulgarmente es llamada doña Juana la Loca»[53]. A partir de aquí no es difícil ima-